

Queridos hermanos y hermanas,

Cada año nos hemos de quedar asombrados y maravillados ante este misterio del Corpus Christi. ¡Maravillados!! Dios presente en un trocito de pan, que permite que entremos en comunión con Jesús resucitado. ¡Qué grande!

Una de las cosas que más me impresionan de la historia de la Iglesia es su fidelidad a la eucaristía. Nunca hemos dejado de celebrar la eucaristía. ¡Nunca! A pesar de todos los avatares vividos, de circunstancias históricas complicadísimas, allí donde había cristianos se celebraba la eucaristía, pase lo que pase.

Durante dos mil años, cristianos de todas las épocas han arriesgado sus vidas para participar de la eucaristía:

- Lo veíamos en los cristianos de los primeros siglos que ponían en riesgo sus vidas al asistir a las reuniones secretas en las que se celebraba la eucaristía.

Recordemos la historia de aquellos cuarenta y nueve cristianos de Abitinia (Túnez) que, en el siglo IV, fueron sorprendidos mientras celebraban la

Eucaristía en casa de Octavio Félix, desafiando la prohibición imperial. Detenidos y torturados cruelmente por este motivo, murieron mártires.

El procónsul Anulino les preguntó por qué habían actuado en contra de la ley vigente. Uno de aquellos cristianos, Emérito, le contestó: "Porque sin el domingo no podemos vivir", sin la misa no podemos vivir.

- En tiempos de Enrique VIII cuando se prohibió el culto católico, los sacerdotes celebraban misa sabiendo que si eran descubiertos se exponían al martirio. Muchos murieron por ello.
- Anécdota del Cardenal Ricard María Carles: unos esquimales que recibían la visita de un sacerdote una vez al año, rezaban durante el año delante del corporal, donde Jesús durante la misa se había hecho presente...
- El Cardenal Nguyen van Thuan, que estuvo trece años en la cárcel de Vietnam, nueve de ellos incomunicado, y que celebraba la eucaristía con la palma de la mano como cáliz, con tres gotas de vino y una de agua. Y eso le daba fuerzas ...

- O vosotros, que a pesar de la pandemia, a pesar del riesgo de contagio, a pesar de las olas, habéis seguido participando de la eucaristía, cuando los obispos habían dispensado la necesidad de hacerlo. Mientras la gente mayor no salía de casa para nada, vosotros no dejabais de venir a misa. ¡También es impresionante!!

¡Qué gran testimonio nos habéis dado! Vosotros, como todos los que han estado antes que nosotros, habéis entendido que sin eucaristía no somos nada.

Pasemos a las lecturas. En ellas había un elemento común: la sangre. La sangre se utiliza para sellar alianzas. La Alianza Antigua entre Dios y su pueblo fue sellada por Moisés con sangre de animales. La Nueva y Eterna alianza fue sellada por Jesucristo con su propia sangre, la sangre de Dios. La sangre de Dios... suena extraño...

En cada eucaristía se vuelve a hacer presente la pasión y muerte del Señor. En cada eucaristía él se vuelve a entregar por nosotros. Por esto, hablamos de la eucaristía como un sacrificio. En cada eucaristía hacemos presente la sangre de Jesucristo, signo de su entrega.

Y la sangre de Dios, de Jesucristo, nos habla de su amor, de un amor que se da totalmente, hasta dar la vida, hasta dar la sangre.

Y esta sangre rompe nuestra indiferencia, rompe nuestra comodidad y nos llama a establecer una alianza con el prójimo. La sangre de Jesús es signo de la Nueva Alianza, que nos lleva a nosotros a hacer alianza con el prójimo. Esta sangre, la sangre de Dios, nos llama a construir el Reino de Dios.

Desde los principios han ido de la mano, la eucaristía y el amor a los pobres. La eucaristía podríamos decir que nos vacuna contra el egoísmo, contra la comodidad, contra el olvido de los necesitados. Recibimos una inyección del amor de Dios. Cada semana nos venimos a vacunar porque no queremos olvidar a nuestros hermanos, especialmente de los necesitados. ¡Es tan fácil olvidarlos!! ¡Es más, todo lleva a olvidarlos!! Y necesitamos que la sangre de Cristo cada semana nos recuerde que hay una sangre, la de nuestros hermanos, que no puede ser olvidada.

Si por el mundo, a veces, el prójimo es una compañía molesta (me quiero alejar), un rival (lo he de vencer), un objeto (me puedo aprovechar), o es un medio (útil a mis fines). Para nosotros los cristianos, el prójimo,

especialmente el necesitado, es una llamada (me interpela), es un misterio (me sorprende), es un hermano (siempre le daré la mano), es un complemento (me ayuda a ser y a crecer), es un sacramento (es presencia de Dios), es Cristo presente (me interpela).

Necesitamos la vacuna de la eucaristía para que nos abra los ojos y ponga en marcha nuestras piernas y nuestras manos para acercarnos a los que nos necesitan. Somos las manos de Dios en la tierra... En el día del juicio se nos preguntará: ¿qué has hecho con tu hermano?